

Miscelánea Científica

Por Enrique Pérez Arbeláez

DON JOAQUIN ANTONIO URIBE

En el día de hoy, 28 de septiembre de 1958, la noble ciudad de Sonsón celebra el centenario del nacimiento de uno de sus hijos más preclaros: Don Joaquín Antonio Uribe. Su vida corrió sencilla e ingenua, como son cristalinas las aguas del río sonsoneño Aures, cantado para la inmortalidad, por Gregorio Gutiérrez González: pero fue, en todo, un modelo cuya consideración e imitación sigue, después de un siglo, y seguirá en el mañana incierto, haciendo bien y honor a la patria colombiana. Don Joaquín Antonio Uribe fue, en una época en que la ciencia parecía haberse apagado en Colombia, un sabio naturalista y botánico: en un momento histórico y en medio de una sociedad que gestaban todas las virtudes, todos los impulsos y todas las grandezas de la actual Antioquia, fue un maestro, vigilante, solícito y superado; fue prez de la nación, de su cuna y de su apellido.

Por eso la presente fecha jubilar es fausta para Sonsón, para Antioquia, para Colombia; para el magisterio, para las ciencias botánicas; para el periodismo, para la Academia Antioqueña de Historia, que le hizo su miembro, para la naturaleza y para los creadores pacíficos de la cultura patria.

Sonsón, desde que la fundaron el 15 de diciembre de 1787, por orden del gran oidor Don Antonio Mon y Velarde, apodado "el Moisés de la Montaña", y con cuarenta y seis colonizadores y con cinco mujeres, en un día de Santo Domingo de Guzmán, y le dieron el nombre de San José de Espeleta de Sonsón, fue manantial generoso de la sangre y vivero fecundo de varones ilustres. Allí nacieron, entre otros, Don José

NOTA. — En el mes de enero falleció en Bogotá este ilustre sacerdote antioqueño que dedicó su vida entera y su clara inteligencia al estudio de la botánica. Testimonio de sus estudios son las numerosas obras que publicó y el Jardín Botánico Nacional que contó con todas sus complacencias. En su memoria hemos recogido aquí una selección de estudios suyos que son pequeña muestra de su saber.

M^º Restrepo Maya, Don Valeriano Marulanda, fundador de Pereira, Don Januario Henao, Don Juan Pablo Restrepo, Don Emiliano Isaza, el Padre Jesús María Marulanda, el Doctor Marcelino Uribe Arango, y este Don Joaquín de los niños, de la naturaleza y de los libros.

Medio Antioquia y medio Caldas tienen sangre de Sonsón, de suerte que a la ciudad le cuadra bien su nombre, tomado de la palabra "sunsú", con que los indios llamaban a la cañabrava, planta tenaz, que nace a la orilla de las corrientes de agua y que cuando las avenidas arrancan parte de su cepa, se prende fácilmente, arraiga y prolifera en los limos distantes. Así mismo fue la familia de los Uribes, descendientes del guipuzcoano Don Martín de Uribe, quien vino a la América, con dos hermanos suyos, en 1685; su apellido, signo de talento, es un verdadero juego pirotécnico en las familias antioqueñas.

El Doctor Joaquín Antonio hizo sus estudios elementales en Sonsón y los normalistas en Medellín donde, en 1875, recibió su diploma de maestro de la Escuela Superior. En Salamina, en el antiguo Departamento del Sur de Antioquia, hoy situada en el de Caldas, trabajó varios años como rector de un colegio; después pasó a Medellín donde también se dedicó a la enseñanza. Así fue como atesoró en su espíritu esa honda comprensión para las mentalidades juveniles; así, con el estímulo de las clases, como se aguzó para el estudio y la vulgarización científica y así como comprendió el valor educativo de la naturaleza. Porque Joaquín Antonio Uribe, merece, más que ninguno otro en Colombia, el título de "Pedagogo de la naturaleza y por la naturaleza". En eso, y dentro de nuestro medio, precario en paz, en información y en publicidad, merece parangonarse con el francés Henry Fabre y es el mejor portaestandarte, entre nosotros, de la literatura, tan copiosa, tan amena y tan importante en otros países, de las historias naturales infantiles.

Quizás haya quienes no comprendan la alteza de esta misión y de este mensaje de Joaquín Antonio Uribe; pero en lo que él hizo se hunden las raíces del verdadero humanismo, elemento cultural, el más valioso de los pueblos.

Hay quienes piensan que el humanismo se creó al rededor del Mediterráneo y que allí se encastilló; quiénes hoy lo creen vallado y amurallado por el griego y el latín, lenguajes muertos. No. Humanismo es comprender el espíritu de los hombres, penetrar su obra y, a través de ella y por ella, inquietarse y amarlos. Maestros del humanismo fueron Homero, Virgilio, Cicerón, Fidias, los genios del Renacimiento. Pero, si nos es lícito comparar con lo divino lo humano, del magisterio humanístico, podemos también decir: "En el principio era el verbo". Antes de los clásicos, existió la naturaleza, el hombre parte de ella y el cosmos sin pensamiento, dando al hombre pensamientos, sentimientos, inspiraciones y estímulos, para sus creaciones artísticas y técnicas. Joaquín Antonio Uribe fue maestro de humanismo, trasladando al alma de sus discípulos, de los que le oían y leían, ese fervor naturalístico que se recibe lo mismo en Ilión que en la Hélade, en Mantua que en Sonsón.

Los "Cuadros de la Naturaleza" del Doctor Uribe; la preciosa serie de pequeñas monografías compiladas bajo el título de "El Niño

Naturalista”; “El Curso Compendiado de Historia Natural” y la “Flora Sonsonesa”, son verdaderas gemas y constelaciones de intereses, sintetizados en átomos de luz. El lema escogido por el autor para esas pequeñas monografías son unas palabras de Humboldt que retratan a un maestro, de mano maestra: “El simple contacto del hombre con la Naturaleza —la influencia del aire libre— produce un efecto calmante, que mitiga el dolor y aquieta las más profundas y agitadoras pasiones del alma”. Así hablaba el Señor del Cosmos y esa norma guió al señor de la naturaleza antioqueña. Así también desarrollaba en sus discípulos el patriotismo y la personalidad. Por el amor al paisaje, por la persuasión de que las grandes deducciones de los científicos están al alcance de todos los que las buscan con agradecimiento y constancia; por esa moral de sentirnos parte del medio físico; obligados a armonizar con él y entregar a las generaciones venideras del mundo tan lleno de potencialidades como el que nos transmitió el pasado que se dilata en los períodos geológicos y se hunde en las manos del Creador.

El mundo natural se capta con observación y meditación. La observación es el día, es la guía y es la luz; la meditación en la noche y es la concentración. Coordinadas, según la frase bíblica, las horas y las actividades humanas, “cada día entrega al siguiente su santo y seña y cada noche prende las luminarias de otra noche con la llama de su antorcha pensadora”.

Joaquín Antonio Uribe hablaba así: “Como medio pedagógico trascendental, la Naturaleza nos brinda innumerables temas útiles —velados para el que no estudia— que debemos aprovechar y agradecer”. El ve la misión de la naturaleza —puente hacia lo sobrenatural— en las parábolas evangélicas; toma de la abeja la lección de la laboriosidad; aprende de la adormidera el pudor; con el mundo visible y tangible frena la inquietud y la dispersión de los niños; dulcifica sus instintos destructores con el ejemplo de sociabilidad de las hormigas; encauza su frivolidad burlona y les inculca la seriedad de la vida con la consciencia de las maravillas que los rodean. Y termina así:

“Por último, ¿sabéis que otra utilidad pedagógica obtenemos del estudio de la Historia Natural? Seguramente esto producirá el sentimiento más noble: el amor a Dios. Sí; porque la sabiduría, la belleza, la bondad, reclaman amor de todo ser inteligente y libre y Dios es infinitamente sabio, hermoso y bueno”.

Esta fue la filosofía, esta la mística, esta la pedagogía, esta la misión, esta la antena trasmisora de Don Joaquín Antonio Uribe. Era sencillo, pero era altivo. Rápido y tajante en defensa de su honra. Alguna vez, un émulo suyo le dijo: “Señor Uribe: no sé cómo lo llamaron a usted a esta posición sin conocerlo”, y él, sin inmutarse, le respondió: “Señor Fulano, y yo no sé como lo llamarían a usted teniéndolo tan conocido”.

Pero no restringió su pluma a los temas infantiles. También era investigador y como fruto de sus desvelos sobre los libros fundamentales, de sus observaciones en los campos antioqueños y de su trato íntimo con sus paisanos, dejó a la posteridad los manuscritos de una obra científica que, en su tiempo y en su medio era una proeza: la “Flora de Antioquia”. Esos apuntes preciosos recogidos con amor, pulidos con ter-

nura, por su hijo Lorenzo Uribe Uribe, S. J., dedicados con afecto filial a Doña Carmen Uribe viuda de Uribe —paradigma de esposas y madres antioqueñas— dieron origen a una gran obra botánica, a una herencia del saber y de las virtudes; a una corona —florida y brillante—, del sabio, del virtuoso, del maestro sonsoneño, Don Joaquín Antonio Uribe.

CARLOS BERTERO, OTRO BOTANICO EUROPEO EN COLOMBIA

Uno de los frutos más interesantes del Foro de Florencia y Simposio de Leticia que, con carácter biológico, se celebraron en enero del presente año, 1969, fue la adición de un nuevo nombre, el de **Carlos Bertero**, a la lista brillante de los botánicos que han aportado sus fatigas al reconocimiento científico, minucioso, documentado e internacional de la flora colombiana. Una vez más la vegetación del país se manifiesta como el móvil más poderoso para atraer a nuestro territorio inteligencias de avanzada y voluntades de sacrificio.

En la larga y erudita **Bibliografía Colombiana de Viajes — Viajeros Colombianos — Viajeros Extranjeros en Colombia**, que escribió y en 1954 imprimió ese gran investigador de nuestra cultura, que es el Doctor Gabriel Giraldo Jaramillo, digno como ningún otro, de encabezar nuestra recién nacida política gubernamental de ciencias, en esa **Bibliografía**, digo, donde se hallan nombres de casi todos los exploradores botánicos de nuestro territorio, faltan los de Luis Née, del P. Louis Feuillé, y el de Bertero. Eso se debe a que ninguno de estos tres científicos dejó un relato de su viaje ni del itinerario que siguió y esto explica también porque Née, Feuillé y Bertero escaparon, hasta ahora, a los historiadores de la Botánica en el Nuevo Reino de Granada.

De Née habla en muchas de sus páginas la **Biografía de José C. Mutis** por Federico Gredilla. Fue botánico de la expedición de Don Alejandro, Marqués de Malaspina, aunque no el único, pues a su lado figuró Tadeo Haenke, activo colector. La expedición zarpó de Cádiz el 30 de julio de 1789 para fondear en Montevideo cincuenta y un días después; contorneó el continente suramericano por su lado del Pacífico, se detuvo en Panamá, que fue el punto donde Née se relacionó con el Nuevo Reino de Granada y con la historia de la botánica en Colombia; siguió a Acapulco y Filipinas, para completar, por el Cabo de Hornos, su regreso al Atlántico y a España. Allí el Marqués de Malaspina fue condenado a prisión en el castillo de San Antonio de la bahía de la Coruña. Las colecciones de Née que subían de las 10.000 especies, pasaron, en parte, a Cavanilles, quien publicó muchas de ellas en su **Icones**; otra mitad quedó en manos de Née para que les diera el acabado; pero él sólo alcanzó a imprimir sobre unas pocas, entre ellas el abacá filipino, **Musa textilis**, y la lechuguilla acuática, **Pistia stratiotes**, que las aves litorales migratorias han vuelto cosmopolita. Una carta de Née para Don José C. Mutis, publicada por Gredilla y en el **Epistolario del sabio gaditano** por G. Hernández de Alba, en ambos sin fecha, da cuenta de sus viajes y hallazgos, con especial referencia al dichoso pleito

de las quinas. (Sobre Née y la expedición de Malaspina me han servido de fuentes: Carlos E. Chardon, **Los Naturalistas en la América Latina**, Ciudad Trujillo, 1949, en las páginas 102 a 106; además, el libro manuscrito por Don Enrique Álvarez López, del Jardín Botánico de Madrid, con título: **La Botánica Hispana, no mutisiana, en el siglo XVIII**. De este Libro se publicaron extractos ensamblados como capítulo V del tomo I introductorio de la Flora de Mutis).

El mismo Gabriel Giraldo Jaramillo, en la Revista "Cuadernos", fundada en 1953, dirigida por Germán Arciniegas y publicada en París, en el N° 87 de agosto de 1964, redimió del olvido al P. Louis Feuillé (N. en Provenza en 1660 - M. en Marsella en 1732). Era religioso de la Orden de los Mínimos, botánico y astrónomo; publicó libros de ambas disciplinas, muy importantes en su tiempo, los que le merecieron un sillón en la Real Academia de Ciencias de París. En 1704 desembarcó en Cartagena para una larga permanencia. Por eso Giraldo Jaramillo titula su artículo: "Un Precursor de las Expediciones Botánicas, el Padre Luis Feuillé".

Para quienes asistimos al Foro de Florencia, fue muy importante la comunicación del Padre Doctor Giovanni Piovano, venido de Italia para ese encuentro biológico, en que nos dió a conocer la enérgica personalidad, los méritos científicos y el luctuoso final de su compatriota **Carlos Bertero**. La comunicación de Piovano, que aparecerá próximamente, según esperamos, en las Actas del Foro de Florencia y del Simposio de Leticia, lleva este título: **La Primera Aportación Italiana al Conocimiento de la Flora Colombiana. Las Colecciones del Dr. Carlos Bertero**. Si su distinguido autor la pudo presentar con orgullo, en una reunión internacional de Biología Tropical Amazónica celebrada en nuestro país y en la capital del Caquetá, pueria de la Amazonia, para nosotros los colombianos significa una figura más en la serie luminosa de los botánicos de mayor categoría, atraída a nuestro territorio por el magnetismo de la flora patria y de nuestra privilegiada posición geográfica, en el momento menos propicio para todo viaje de serena investigación. Se confirma así la verdad de un viejo aforismo: mientras los políticos viven al día y se extinguen cada tarde, los científicos viven su mundo aislado, que es perenne porque su objetivo es construir el futuro.

Dice así Piovano: El Doctor Carlos Bertero, nacido el 14 de octubre de 1769 en Santa Victoria de Alba, en Piamonte, ahora conocida en todo el mundo por los establecimientos enológicos Cinzano, a los 22 años se doctoraba, en 1811, en medicina, en la Universidad de Turín, con una tesis médico-botánica: "**Specimen medicum nonnullas species indigenas confinens exoticis succedaneis**".

En la Universidad de Turín tuvo como profesor de Botánica al célebre Juan Bautista Balbis, director del Huerto Botánico desde 1801 al 1814, pero ya antes el Doctor Bertero fue introducido en los secretos de la Botánica por el Doctor José Camisola, autor de la **Flora Astese**.

Al Doctor Bertero, estimado siempre por sus maestros, se le presentaba un brillante porvenir: le ofrecieron actividades remunerativas, pero él, no queriendo inclinarse a las directivas del gobierno de su tiempo, rechaza cargos y dignidades universitarias, no obstante las

precarias condiciones en que se encontraba, dedicándose particularmente al estudio de la botánica.

Se familiariza con los trabajos de Bartolomé Caccia, de Carlos Allioni, de Ludovico Vellardi, de Juan Bautista Balbis; las excursiones de Cornaglia, de Molineri, de Piottaz, de Giusta a través del Piamonte, inflaman a C. Bertero, recorriendo casi todo el Piamonte, desde los Alpes hasta las colinas de las Langas, recogiendo y clasificando una cantidad de plantas conservadas actualmente en el **Herbario General** del Instituto Botánico de Turín. Durante dos años se dedica a la Flora del Piamonte.

En 1816 el Doctor Bertero sale de su patria para profundizar su trabajo en el extranjero. Pero antes quiso pasar por París para encontrarse con el celeberrimo Persoon, con recomendación del Profesor Balbis y de su amigo Luis Colla. El Profesor Balbis, de Turín, pasó a la Universidad de Pabía.

En París traba amistad cordial con los botánicos contemporáneos; al mismo tiempo se perfecciona en el estudio del castellano y del inglés con el fin de prepararse a las exploraciones de los territorios ultramarinos que tenía intención de visitar. El General Foujz de Saint Fond, que entonces partía para las Antillas, bajo invitación de Persoon, le propone ser médico en la nave **Guadalupe** y él acepta, contento de poder entrar finalmente en contacto con la Flora Tropical. Durante el viaje todos fueron afectados por la fiebre amarilla, pero las medicaciones preparadas por C. Bertero salvaron a la tripulación, la cual le demostró el más rico agradecimiento y le dió gran fama, hasta el punto que al desembarcar en Martinica fue acogido con extraordinarios honores.

En Martinica se apreció cuánto valía como médico y como naturalista; se le ofreció la dirección del Huerto Botánico y del Museo de Historia Natural a condición de que desempeñara estos dos cargos por dos años. El Doctor Bertero no aceptó, para quedar libre y dedicarse a sus investigaciones.

Prosiguió el viaje hacia Guadalupe, que abandona en el 1818; en el 1819 visita Saint Thomé, y desde el 1819 al 1821 se traslada a Puerto Rico, a Santo Domingo, a Haití, y finalmente a Nueva Granada, Colombia.

Las localidades de Colombia por las que peregrinó Bertero son: Santa Marta, Barranquilla, Cartagena, Mompox y a través del río Magdalena.

Los movimientos de insurrección que lo alejaron de las Antillas le alejaron también de Colombia. Durante el viaje los piratas asaltaron la nave que le conducía, lo despojaron de todo lo que tenía, conservando solamente los pequeños de plantas que llevó a Europa y que casi todos los regaló a los amigos.

Vuelto a Piamonte, pensaba enriquecer la **Flora Pedemontana** de Allioni; emprendió de nuevo las exploraciones de montañas y llanuras, recogiendo un importante arsenal de trabajo, que serviría al abogado Colla para la redacción de sus seis volúmenes de **Herbarium Pedemontanum**.

Pero su pensamiento era siempre atraído por el trópico, y en el 1827 vuelve a París, encontrando a Persoon.

Traba amistad con Benjamín Delessert y con Augusto Piramo de Candolle: con ellos estudia las localidades americanas que pretendía visitar y por mutuo acuerdo se lleva a cabo la exploración de Chile. Bertero parte de Le Havre en el 1827, y después de 112 días de viaje desembarca en Santiago de Chile.

En marzo de 1828 parte para Roncagua; en el mes de mayo llega a Valparaíso, pasando después a la Isla Juan Fernández, a Mas a Tierra y más a Fuera. En la Isla Juan Fernández recoge 300 especies de fanerógamas, alrededor de 2.000 ejemplares.

En septiembre de 1830 parte para Tahití, donde recoge un rico material botánico. Una parte de este material lo lleva consigo en el 1831, durante el viaje de regreso, cuando la pequeña embarcación, destrozada por las olas, se sumerge en el Pacífico.

Con aquella embarcación perecía el Doctor Bertero, italiano, y desaparecía también una gran cantidad de material botánico, recogido y preparado por él, todo lo que llevaba consigo, para poder estudiarlo hábilmente en Europa, fruto de su estancia en Tahiti.

La trágica pérdida del Doctor Bertero, en la flor de la vida, impresionó particularmente a los grandes botánicos de su tiempo: con él moría no solamente un escrupuloso indagador de la flora de Polinesia, sino también uno de los principales peritos de la flora Suramericana y de América Central. Se había abierto entre las filas de los botánicos un vacío que difícilmente se podría colmar.

El Doctor Bertero enseñó a los botánicos millares de plantas. Candolle le dedicó el género *Berteroa* (de la familia de **Cruciferae**); y alrededor de 300 plantas fueron dedicadas a su nombre por los botánicos de entonces.

Hooker & Arnott, A. de Jussieu, Guellermin, Kunth, Dellie, Montagne, de Candolle, Colla, Moris, De Caine, Delessert, Née, Trinius, Balbis, Sprengel, Urban, Philippi, Vignolo-Lutati, etc., publicaron las plantas que él había recogido.

La parte de las plantas que dejó en Tahití las enviaron a París y, vendidas en pública subasta, fueron a parar a Alemania.

Las plantas tropicales que seleccionó el Doctor Bertero se encuentran en los Museos y Huertos Botánicos de Turín, Ginebra, Berlín, París, Florencia, Mónaco, Wurburgo, Bolonia.

Las plantas de Chile se encuentran en Turín, París, Ginebra, Berlín, Kew, Londres (British Museum), Nancy, Leida, Montpellier, Marburg.

El Doctor Bertero dejó un voluminoso manuscrito sobre las plantas tropicales, dividido en fascículos, de 1.095 páginas, en el que trata de 1.746 especies diversas.

Las plantas de Colombia las describe en el fascículo XI (año 1820): ***Stirpium ad flumen Magdalenae in America Meridionali lectarum descripciones***: fascículos XII, XIII y XIV: ***America Australi Lectae*** (año 1821).

En el manuscrito tenemos las descripciones de muchísimas plantas las cuales él consideraba como nuevas, o al menos como distintas a aquellas descritas por Willdenow o por otros autores.

Recordando los grandes precursores beneméritos de la botánica colombiana, podemos poner, al lado de Mutis, Humboldt y Bonpland, al Doctor Carlos Bertero, a la misma altura.

A los anteriores datos biográficos de Carlos Bertero, añade el Padre Piovano la lista de las plantas colectadas por el malogrado botánico en Colombia, especies que se conservan en el Instituto Botánico de Turín. No me ha parecido adecuado copiar ese catálogo en la revista de la Academia porque es algo largo para ella y los interesados colombianos podrán consultarlo fácilmente en las **Actas del Foro de Florencia y Simposio de Leticia, 1969**, libro próximo a su edición, al cual se dará la difusión conveniente y amplia.

El fin que nos propusimos está cumplido, pues era sólo añadir el nombre de Carlos Bertero a la serie de botánicos que trabajaron en Colombia.

Mientras nuestro pueblo se debatía en las guerras de su emancipación y sus campesinos, enardecidos por esperanzas de libertad, se agitaban, un italiano fascinado colectaba especímenes de vegetales, los desecaba al sol del trópico y los atesoraba, como trofeos del pensamiento científico de su patria.

Su trágico fin me devuelve a la memoria las palabras de C. Christ, pteridólogo suizo, dichas a propósito de cierto botánico alemán que se ahogó en un río de Colombia cuando trató de alcanzar un helecho que pendía sobre las aguas: "**Habent sua fata filices**". Hasta los helechos tienen sus hados.

EVOLUCION Y SARDINAS

No tuve la fortuna de asistir a la reciente conferencia del Doctor Luis López de Mesa sobre el origen de las especies y solo conozco los comentarios de prensa sobre ella, en los cuales encuentro tales consecuencias que no deben pasar sin comentario.

Advierto en primer lugar que no tomo cartas en el asunto por motivos dogmáticos. Ya en otra ocasión expliqué cómo ni el dogma ni la exégesis bíblica obligan al católico a impugnar el monogenismo, sino que respecto de la evolución vegetal y animal lo dejan en entera libertad y respecto del origen del hombre solo definen algunos puntos que no caen bajo el análisis científico natural. Más bien voy a hablar como evolucionista, que no lo soy por motivos puramente científicos.

Esto supuesto, me parece que la conferencia del profesor manifiesta todas las cualidades y todas las fallas que otros han advertido en su valor científico. El toma un hecho, olvida mil, y de este hecho que ha sorprendido su imaginación de estudioso más o menos novel en el tema, deduce conclusiones deslumbrantes que a nuestro público, más novel todavía, hace creer que el conferencista es un genio descubridor

que va a transformar las ideas del mundo y que va a poner a Colombia a la cabeza de las grandes soluciones de los grandes problemas.

No hay tal. El problema del origen de las especies es muy complejo, se viene discutiendo con infinidad de datos y de hechos positivos ante los cuales el mencionado por el Doctor López de Mesa no tiene trascendencia. Sin embargo, hay que reconocerle el mérito de iniciar una discusión que no ha sido suficientemente atendida en nuestra Universidad y que forma en otros medios científicos todo un continente del espíritu.

Las consecuencias a que llegó el Doctor López de Mesa parece que fueron éstas:

1ª - En el proceso de la evolución orgánica que condujo hasta el hombre, uno de los eslabones fue un pez aerobio facultativo.

2ª - La salida del agua de ese pez es el acontecimiento máximo de la historia del cosmos en relación al hombre.

3ª - Ese pez fue el sér viviente que primero estuvo dotado de sensibilidad y de instinto.

4ª - En las manos de ese pez, se halla el primer comienzo de una actividad para construir, para adquirir un lenguaje, una facultad de asociación, una expresión simbólica. El bicho hablaba, por lo visto, en letras de mano.

5ª - En el agua todas las actividades de los sentidos tienen un radio de funciones limitadas.

6ª - La salida de dicho pez del agua es un nuevo aporte científico que aclara quiénes somos, de dónde venimos y para dónde vamos.

Me parece que al profesor le ha sucedido lo que pasaría a quien conociera un gran museo de ciencias naturales mirándolo por el agujero de la cerradura o a quien nos contara el desenlace de un drama cinematográfico por la sola consideración de uno de los cuadritos que representa un solo instante de toda la película.

No se necesita reparar bibliografía ni echar mano de nombres científicos con que algunos se satisfacen y dejan atónitos a sus oyentes, para exponer por dónde cojean los raciocinios arriba presentados. También Huxley y Haeckel abusaron del griego.

1º - En primer lugar es absolutamente erróneo que en los seres inferiores a los peces faltara el instinto, la actividad constructiva, el lenguaje tal como se suele hablar de él en los animales. Basta recordar las abejas, los termites, los arácnidos, los cangrejos y tantas otras especies, estudiadas por Fabre, Frisch, Maeterlinck y otros.

2º - Parece que el Doctor López de Mesa diera por frustráneas todas las vías de otros grupos zoológicos hacia el hombre sólo porque ellos no acertaron, por decirlo así, con la embocadura, el paso imprescindible de la vida acuática a la aérea. Es un falso supuesto: gusano, crustáceos e insectos dieron ese paso.

3º - Pondera el profesor el tránsito de la vida acuática a la terrestre como el más importante suceso cósmico en relación con el hombre. Otros no menos definitivos se pueden asignar: la aparición de un sistema circulatorio, de un sistema conductor de las palancas motrices, y el mismo del instinto y del lenguaje en animales muy anteriores a los peces. Friede Klenk, una condiscípula mía, probó hasta la saciedad la facultad de educación de todos los peces.

4º - Aun aceptada la evolución, hacerla pasar por una determinada especie de peces es equivocado. Porque son muchos aquéllos en que ya aparece la formación de cuatro miembros esqueléticos, motores vertebrales.

5º - Identificar las extremidades motoras esqueléticas con la facultad de construir, y más con el lenguaje y el progreso social que crea la Historia, es algo tan excesivo como igualar el vuelo del colibrí con la Revolución Francesa, el nido de las aves con el discóbolo de Mirón, el relincho con un discurso de Cicerón.

6º - Limitándonos a la evolución dentro de los vertebrados, ciertamente el paso a la vida aérea no se hizo por los peces, sino a lo más por los anfibios. Mucho más insinuaron al hombre los batracios pentadátilos. Donde tantos investigadores no hallan progenitores humanos sino en los lemúridos, vamos ahora a bajarlos hasta los peces por una relación no diremos baladí, pero sin la significación necesaria.

7º - Dentro del sistema evolucionista, los peces son la más típica evolución frustrada.

8º - Si todo animal que presenta condiciones humanas, lo hacemos, en el árbol filogenético, antecesor directo del hombre, habríamos de calificar como tales a la rana que en las falanges se presentaron de a cinco; a las loras, las urracas y los arrendajos, que pueden hablar; a un oso plantigrado; al ornitorrinco porque, aunque pone huevos, alimenta a su cría con leche, y, así a los mántidos y a cualquier lemúrido de ojos frontales.

No se debe olvidar que en toda lógica humana, es aceptable aquello que aclara un enigma, con tal de que no conduzca a otro más intrincado.

Y eso es lo que ha pasado con la evolución toda y sobremanera con esas evoluciones fundadas en un solo hecho, como la del profesor López de Mesa. Caen en contradicción con mil hechos más. Por hoy, y sobre todo a base de la comparación botánica, y mayormente de la efectuada en las filicineas, donde hay tantos fósiles mejor conocidos que los peces, está en pie el Sistema Dinámico de Bunzo Hayata, capaz de enloquecer a los evolucionistas, y que yo pude confirmar a base de ciertos estudios embriológicos.

Yo no diré que al profesor se le indigestan los libros y los datos. Pero a veces, lo dudo.

ALGUNOS ELEMENTOS DEL JARDIN PAYANES

Para conocer los elementos con que se forman los jardines en Popayán, ciudad que conserva muy pura la tradición colonial en cuanto a las especies y en cuanto a su disposición, vaya el botánico a un punto llamado Río Blanco, a unos siete kilómetros de la ciudad histórica, a la casa de las señoritas Bermeo Restrepo.

Una rampa empedrada une la carretera con la casa y conduce al corredor que está delante de ella. Una tiendecita de víveres, de objetos tejidos con paja y fique y de mil cosas indispensables en la vida de los campos; una salita con imágenes piadosas donde lo más interesante es una pequeña vitrina que guarda la imagencita de la Inmaculada, en madera, con muchas flores artificiales, muchas cintas y encajes. Allí nos comenzaron a atender las señoritas Dolores e Isaura, personas benévolas, dedicadas al trabajo modesto, a la bondad y a las plantas. La primera es aficionada a la medicina; la segunda, a las flores. Su alma blanca contrasta con su traje negro que comúnmente visten en las antiguas ciudades del Cauca las personas de cierta edad. Doña Dolores, sentada muy en el borde de su silla de vaqueta nos explica su afición a los remedios caseros y nos habla de los indiecitos que vienen con sus dolencias y sus secretos médicos y cómo ella les remedia las unas y con maña les averigua los otros para emplearlos, divulgándolos, en bien de todos. Desde los mayores viene la tradición médica. Su madre y su abuelita, sobre todo, eran versadas en estas medicinas que Dios da; el abuelo López Restrepo, de Envigado, era médico. Además, llevan en la sangre "su gotica" de Caldas y esto en el Cauca es un derecho y una obligación con la Medicina.

Mientras me hablaba, yo me iba confirmando en muchas ideas que tengo publicadas, pero que aprendí más bien de la literatura europea. Este tipo de médicos populares merece más atención de parte de los botánicos y de los médicos. Los datos proporcionados por ellos piden una comprobación clínica que puede ser utilísima a la ciencia y a la industria nacionales y la práctica de esta medicina casera, la única de que disponen sectores extensos del país y de la sociedad, debe ser ayudada con obras muy detalladas, muy ilustradas, muy verificadas, y sobre todo con herbarios populares para las escuelas.

Doña Dolores me dice que la mayor parte de sus plantas medicinales les provienen de "lo frío". Consuelo para mí, que quiero poner en el Jardín Botánico de Bogotá, al aire libre, una buena colección de botánica médica.

La primera planta que se me mostró me condujo a un engaño. Creí que era un *Podocarpus* y hallé ser una compuesta. La llaman "tren-cilla" y la emplean para hemorragias.

Semejante a ésta, pero rastrera, es el "uñegato", diurético que, por la descripción, supe que es un *Lycopodium*, quizás el *Complanatum*.

La medicina botánica se dificulta mucho por la nomenclatura vulgar de las plantas, tan diversa en ese núcleo étnico heterogéneo de Popayán. Mi interlocutora me habla de una planta que según las regiones se llama "chupana", "chupadera", "hoja santa", "hoja de seda", "patinegra", "crestegallo", "zanquegallo" y, en Antioquia, "Santa Ma-

ría". Es distinta de la hoja de "Santa María" usada para estancar las heridas, de hojas verdes en el haz y lanosas, blancas en el envés (**Onoseris purpurea**) de flores moradas. Esta hoja de "Santa María" deshinchada con eficacia admirable. "Es la mejor antiflogística", decía Doña Dolores. Después, al conocerla, hallé ser una **Stevia**, tal vez la **glutinosa** común en todos los climas del país. Aprendí que también se valen de la hoja de "Santa María" con flores amarillas (**Oxydon**), empleando la raíz contra las enfermedades venéreas.

Llaman "alfileres", como en el resto del país, al **Erodium moschatum**, pero hay otras especies de geraniáceas. Lo mismo el "árnica" empleada aquí, es el **Senecio formosus**, y el "guasgüín" es la **Baccharis** o **Mirochöete** como en Bogotá.

Sin salir del pradito que cae frente de su casa aprendí varios nombres vulgares y usos de plantas. El **Aggeratum conizoides** de flores azules y blancas es una gran medicina. El indio del Caquetá lo dice: "Fíjate, en lo que vas a dar la curarina, dá esta "yerba de chivo": para mordedura de víbora, para tos ferina y para diarrea". Al **Aggeratum** lo llaman en Antioquia "marrubio".

La verbena, **Verbena littoralis**, es para la bilis y para toda fiebre; la "paciencia o masiquía" (**Bidens**) para todo lo bilioso.

Hay otra planta, también verbenácea, que tengo ya recolectada en el Herbario Nacional, que es un "primor" para hemostático y disolvente de golpes. La llaman "murupacha chiquita" y "yerba de coucha", por su olor. Sirve también para la pulmonía.

La salvia azul de Popayán, parecida a la **S. palcefolia** o mas-tranto de Bogotá, pero que difiere de ésta en que aquélla sí la comen las vacas, se llama "parendera" por los indios y "magan-capá". Sirve así al uso humano como al veterinario.

La "cargadita", nombre casi internacional de la **Zornia diphylla**, es empleada aquí contra las enfermedades venéreas. Junto a ella encontramos el "anisillo" (**Tagetes pusilla**) que se usa en Popayán para falsificar el anís; la "sarpoleta", "romerillo" o "verbenita" (**Poligala**) que usan contra el paludismo; la valeriana que, en todas sus partes, cura los nervios y las fiebres; la **Browalia** americana para las fiebres; el "venadillo", que es picante y se usa en pomada para el carate, y el "té de la tierra", llamado en otras partes "escobo" y "paraguay" (**Ssoparia dulcis**) que cura las fiebres administrándolo con tamarindo.

Allí crecen también el "bledo" para lavados; los berros, que hechos polvo se dan en los alimentos a los tísicos; la **Altermanthera Williamsii**, que en agua de canela suelta el zumito para las hemorragias y las fiebres; el "chinchimali" (**Hypericum**) para la disentería y para lavar úlceras y el **Spilanthes** o "botoncillo", tan bueno para el hígado.

Cosa extraña: entre las dichas plantas medicinales crece en abundancia la "moradita", **Chuphea** sp., tan popular en Bogotá como ninguna otra planta medicinal y que en Popayán no es conocida como medicinal.

Entramos al jardín: sencillo, modesto, pero rico de especies de particular interés para mí. En él hay muchos elementos exóticos, pero muchos también nativos traídos de los montes cercanos y del Valle del Cauca.

Ante todo, vimos algunas plantas medicinales: la "pitahaya" para los pulmones; la **Peperomia** de diversas especies para las fiebres; la "doradita", que en Cundinamarca llaman "calaguala" (**Polypodium percussum**), de la cual hacen cocimiento y lo administran con crémor para las dolencias del bazo, lo mismo de la "lengua de ciervo" (**Acrosticum**) para curar a los que esputan sangre. Allí crecía también la **Linaria**, para la hidropesía; el "culantro de burro" (**Eryngium foetidum**) para la actericia, también con crémor; la **Tigridia pavonia**, que es maravilla como pectoral; el lirio **Iris**, para hacer con harina cataplasmas maturativas; la manzanilla, la caléndula, y, por último, la azucena que emplean en los partos difíciles.

Sin duda que esta última aplicación y algunas de las anteriores son extrañas a los médicos, y no tienen visos de fundamento experimental. Pero en el estado actual de nuestros conocimientos, tan temerario es admitir como negar, y tal vez lo más arriesgado sea negar por sistema. Si en vez de estudiar la eficacia de las drogas patentadas, con lo cual no hacemos sino repetir mal los ensayos del inventor europeo, estudiáramos lo nuestro, que está intacto, pondríamos sin duda las bases para la ciencia y la farmacopea colombianas.

Después de las plantas medicinales, pasamos a las flores, cuya dueña es Doña Isaura. Con cariño nimio, con verdadera feminidad, ella busca el ambiente de cada mata. Las ha traído de todas partes, de las ciudades y de los montes. Son el encargo a los amigos, el pago de servicios hechos, a los que no puedan pagar de otro modo. Así se han formado todos los jardines payaneses. Pero en ninguno hemos encontrado tantos elementos florísticos como en éste de la casa de Río Blanco.

Está enmarcado por unos naranjos que en marzo se hallan cargados de frutas. Estos árboles forman rincones amables y dan espesa sombra, en la cual se han instalado las barbacoas y las canastas con orquídeas. Estas son, principalmente, la **Mitonia Roetzlii**, llamada "reina" en su forma pintada de cárdeno amarillo, y la que sólo tiene un centro de este color; luego vienen los odontoglossos, la tricopilia, diversos oncidium, la **Stanhope quadricornis**, la "caucana" (**Cynoches**) y, sobre todo, la **Catleya**, la flor nacional. Abundan aquí la **C. Trianae** y la **C. chocoensis**. En un árbol alto crece vigorosa una **Stanhopea** que me dijeron tiene flores verdes. No estaba tan alta que no alcanzaran una escalera y una vara, y así pude obtener un par de bulbos para el Jardín Botánico de Bogotá.

Las plantas del jardín crecen en el suelo, en cajones, en vasis ya inútiles para otros servicios, en los troncos, entre las piedras y, flor por amor, pagan todas los cuidados que reciben.

La "corona de Cristo" (**Euphorbia splendens**); una amarillidácea nativa llamada "vida del hombre"; la flor de lis; la batatilla trepadora; el júpiter o estromelia (**Lagerstroemia**); el lirio de lo frío, rosado y aromático, que crece sin exigencias; el espárrago; los geranios (**Pelargonium**) de todos colores; la azucena del Cauca o "reina del Caquetá" (**Eucharis grandiflora**); la "copa de oro" (**Allamanda cathartica**); la "bellísima" (**Polygonum leptopus**); los "buganviles" de vivo colorido; el granado; los cactus y filocactus; la **Thumbergia alata**; la gitana **coleus**; las gloxinias; los rosales; las palmitas; los rojos y la zebrina. Enmarcán-

dolo todo, crece el guayacán de Popayán, lindo y útil árbol maderero: **Lofoensia speciosa**.

Una mariposa de alas azules enreda el hilo de su vida en todas estas flores como diciendo que sí hay objeto en la observación de todos estos pequeños detalles que uno recoge al vuelo en las páginas de su cartera.

Ellos son una manifestación del arte más popular y el reflejo más auténtico de un pueblo. Si Popayán tiene rincones pintorescos, inolvidables, si sus tejados, sus cúpulas, sus arcos son inagotables en aspectos artísticos, su flora también es riquísima para el estudio artístico, botánico y agrícola.

LAS PLANTAS AMERICANAS DE PEDRO LOEFLING

En explorar científicamente el intertrópico americano español, Pedro Loeffling fue de los primeros, así por el orden cronológico como por el de los valores humanos; fue de los más afortunados en dejar obra permanente, si no por la propia, por mano ajena y esa la más autorizada en la historia y fue, además, el que a todos precedió en sacrificar su vida en América por las ciencias botánicas. También Loeffling se presenta a la vanguardia del gran movimiento naturalista y artístico propiciado en el siglo XVIII por los Borbones en ambas Españas y mereció, entre los muchos discípulos del llamado Padre de la Botánica, Carlos Linneo, el calificativo de predilecto. Por todos esos atributos es gloria de Suecia.

Verdad es que Loeffling tenía solamente seis años de edad cuando la Expedición de diez miembros, patrocinada por la Academia Francesa de Ciencias, presidida por Carlos María de La Condamine, y en la que iba como botánico el lionés José de Jussieu, (1704-1779), arribó a Cartagena de Indias, (noviembre 1735). Pero este grupo de científicos había de dirigir su rumbo y sus observaciones de todo género hacia las tierras del poniente y del sur del Virreinato de la Nueva Granada, a través de Panamá, en los Andes de la Audiencia de Quito y a lo largo del gran río de las Amazonas. El oriente de aquel inmenso dominio había de ser bordeado y descubierta la flora de sus tierras marítimas, por el Barón Nicolás José de Jacquin, (1727-1817), holandés nacido en Leyden y enviado por el Emperador Francisco I de Alemania, en los años 1754 al 59, para recoger curiosidades que dieran interés al Museo y Jardín Botánico de Schoenbrunn. En cambio, en la apertura de la tierra firme hoy venezolana, Loeffling quedó solo, así como lo estaría más tarde, para iniciar la dilucidación de las tierras hoy colombianas, el español, hecho indiano, José Celestino Mutis, que en estudios y viajes le venía pisando los talones.

Pedro Loeffling nació el 31 de enero de 1729, al decir de Linneo, en Valbo, lugarejo cuya localización geográfica parece perdida pues no figura en el Stieler's Handatlas de Haak, (Glotha, 1931-1932). Inició sus estudios académicos en la Universidad de Upsala en 1743, y en el de 45 se matriculó en Medicina. Sólo cuando regresó a casa de sus padres,

llamó la atención de su profesor de Botánica con las preguntas que le hacía por correspondencia. Aconsejóle Linneo que regresara a la Universidad, pero Loeffling, en su respuesta, le dio a entender que se lo impedían los recursos de sus padres, escasos para mantenerlo en una ciudad tan costosa como Upsala y que sólo podría seguir estudiando si consiguiera un puesto de ayo con algún caballero rico. Como esto se dificultara por la corta edad del pretendiente, Linneo le llevó a su casa como preceptor de su propio hijo. Entonces comenzó Loeffling a distinguirse en la Botánica. El año 1749 sostuvo ante el claustro de Upsala y publicó su primera disertación *De Gemmis Arborum*, que causó sorpresa por su originalidad, ya que era fruto de sus largas horas de observación en el Jardín Botánico.

Cuando en 1750 empezó Linneo a escribir su **Philosophia Botanica**, cayó gravemente enfermo de reumatismo y sólo pudo continuar su obra, dictando, desde la cama, al joven Loeffling, los capítulos, al paso que el impresor iba tirando los pliegos.

Era consejo de Linneo a sus discípulos que aprovecharan cuantas ocasiones se les ofrecieran para viajar, ya que la Botánica sólo surge de las recolecciones y comparaciones hechas en localidades, suelos y climas diferentes. El mundo geográfico estaba ya abierto a las naves de las grandes potencias, pero el floral apenas se iba completando y ordenando en las manos sutiles del gran maestro. Su curiosidad y su esperanza de conocerlo todo y de dar cuenta de todo en sus obras, dependía de sus alumnos y de sus corresponsales en el extranjero. El mediodía de Europa le era poco conocido desde su punto de vista sistemático y por eso, valiéndose de sus amigos, solicitó al Embajador de S. M. Católica, que le fuera permitido enviar uno de sus discípulos a recorrer a España, al tiempo que varios sabios ingleses, acuciados por iguales móviles, salían a viajar por Francia, España, Suiza, Alemania, Suecia y Dinamarca. De uno de ellos, Roberto More, vino a saber Don José de Carvajal, Secretario de Estado del Rey de España, lo que el profesor Linneo había escrito en su juventud: "La flora española es tan rica como desconocida". Y como nada ponía tanto en acción a los gobernantes españoles, —quiero pensar que tal estímulo rige todavía—, como que los extraños criticaran a su país, la Corte de Madrid solicitó a Linneo que eligiese un discípulo suyo para que pasase al servicio de S. M. Católica. Fue el cambiavía para que Loeffling llegara a la fama, así como a la muerte prematura.

El equipo que se consideró necesario a un botánico en viaje para España: microscopio, escala geométrica, balanza hidrostática, etc., se lo proporcionaron entre varios científicos compatriotas suyos, y lo más indispensable, el pasaje hasta Oporto, se lo concedió, en uno de sus barcos, la Compañía sueca de las Indias Orientales. Dos meses, desde el 16 de mayo de 1751, le llevó la travesía marítima entre Suecia y Portugal.

Siguió por tierra desde Oporto hasta Lisboa, donde tuvo la fortuna de amistar con Louis Godin, matemático y astrónomo, quien junto con su primo Jean Godin des Odonais, cadenero, había tomado parte muy principal en la expedición académica francesa al Ecuador y que, cuando ésta se desbandó, había pasado a dirigir el Observatorio Astro-

nómico de Lima, con lo que llevaba en Suramérica diez y seis años. Así se enlazaron, como eslabones de simpatía, unas con otras, las expediciones científicas a nuestro continente, para formar el aderezo de la maravilla. Cada regresado de América se convertía en portavoz de su llamado.

Pero lo que ahora se presentaba era la Corte de Madrid, llena de boato, accesible merced a los privilegios de Godin, y la flora española, no menos esplendente para un nórdico, ante cuya variedad Linneo se estremecía. Comenzaba el **Iter Hispanicum Petri Loeffling**.

El joven doctor de Upsala, quien sin acordarse de que nadie es profeta en su tierra, y menos si esta es Iberia, venía con la idea de que España carecía de botánicos, los encontró pronto y muy activos. Allí trabó relaciones con José Minuart, con José Ortega, con Cristóbal Vélez y José Quer, director éste del primer Jardín Botánico, no farmacopeo, que tuvo Madrid en el Soto de Migas Calientes, a orillas del Manzanares. Los botánicos hispanos recibieron tan bien al nuevo colega que Linneo, concluye su episodio diciendo: "La envidia de los médicos no trasciende a los hijos de Flora". Así de cándido se manifestaba el "Padre de la Botánica". Las especies recogidas por Loeffling, sólo en Madrid, pasaron de 1.300.

La oportunidad para viajar Pedro Loeffling a la América se presentó cuando S. M., aprobando los planes del Secretario de Estado Carvajal y del Marqués de la Ensenada, su Ministro de Hacienda, organizó, bajo las órdenes de José de Iturriaga, la Real Expedición de Límites entre los dominios españoles y los portugueses en el nuevo continente, sobre los cuales se habían presentado a la Corte, constantes litigios. La Expedición constaba, como principales, de cuatro profesores: un geógrafo, un físico, un botánico y otro versado en economía y comercio. Loeffling se vio honrado con el cargo de Botánico de S. M. con doble sueldo. A sus órdenes estaban dos jóvenes médicos, Benito Paltor y Antonio Condal y dos dibujantes. Inicialmente fueron nombrados para este cargo José Santos y Francisco Legarza con título de cosmógrafos. Pero éstos, al llegar a Cádiz y recibir mejor noticia de lo que les aguardaba, se escaparon y regresaron a Madrid, donde los echaron a la cárcel. En su lugar fueron nombrados Juan de Dios Castel y Bruno Salvador Carmona los cuales acompañaron a Loeffling hasta su muerte. Así completa la Expedición, se embarcó en Cádiz a 15 de febrero de 1754. El 25 del mismo mes hicieron aguada en las Canarias; el 3 de abril avistaron la isla de Tobago; al día siguiente la Granada y la Margarita y el día 11 de abril de 1754 desembarcaron en Cumaná, capital, dice Linneo, no muy sobrado de conocimientos geográficos, de la Nueva Andalucía. Dos años y medio aproximados había pasado Loeffling en la Península Ibérica; no había de cumplir dos años en tierras de la inmensa, sugestiva, problemática y desconocida América.

La Real Expedición de Límites comandada por Iturriaga, no ha sido suficientemente estudiada o, al menos, puesta a la luz, por los historiadores colombianos, habiéndose desenvuelto su gran aventura, en tierras obedientes a Santa Fe de Bogotá. Reflejos acá y allá, pero no una recopilación ordenada y circunstanciada de los hechos, donde se entrecruzan actitudes del gobierno de Don José Solís Folch de Cardona;

implicaciones con los Padres Jesuítas, misioneros del alto Orinoco, así como los Padres Franciscanos lo eran en las tierras del bajo; de agentes gubernamentales menores, a quienes el aislamiento hacía déspotas; de todo un pueblo, el llanero, hoy venezolano y colombiano, que unido entonces por la lógica de su medio, entre convulsiones nacía a la cultura. A nosotros nos corresponde seguir detrás de Loeffling, en su itinerario, que fue muy sencillo.

En Cumaná, costa hoy venezolana, a la entrada del Golfo de Cariaco, provincia de Cumaná, hoy Estado Monagas, permaneció seis meses hasta octubre de 1754. Desde allí visitó varias veces a San Bernardino, hacienda que le dejó los mejores recuerdos. Pasó después por Nueva Barcelona a las misiones de Piritú, actual Estado de Anzoátegui, sobre el río Unare, no distante del mar, donde demoró tres meses (1755). De allí salió por San Miguel, San Francisco, Margarita, río Quere (Abril), para la misión de Caroní, importante río, que bajando de la Serranía de Pacaraima, después de recibir su gran afluente, el Paragua, vierte al Orinoco por su banda derecha.

En el mapa de Juan Fajardo dibujó en 1747, para determinar el punto donde se debía erigir un castillo frente al de la ciudad de Guayana, sobre el Orinoco, aparece el ángulo oriental formado por los ríos Caroní y Orinoco, donde se extendían las misiones de los Padres Franciscanos Catalanes, y se marcan las localidades mencionadas. Allí figura como una iglesita cercana al vértice, el punto donde, a corta distancia de ambos ríos, se hallaba la reducción de Caroní, aproximadamente reemplazada ahora por la población de Polúa.

Desde Caroní subió Loeffling a Murucurí, pueblo que en el mapa de F. R. J. de Pons, (1805), aparece aguas arriba del Caroní y sobre su misma banda derecha, muy cerca a los últimos estribos de la Serranía de Imataco y donde los mapas actuales sitúan la población minera de El Pao. Allí enfermó y hubo de ser transportado de nuevo a Caroní, donde murió el 22 de febrero de 1756. Llegó a los 27 años más 23 días de edad.

Era muy difícil la aclimatación del joven botánico sueco, al nuevo medio que se le ofreció en América. Por una parte su afanoso aseo de plantas; el óviedo de sí mismo y la ignorancia social, acerca de una profilaxia comprobada. De otro el calor, los aguaceros, los pantanos, las noches, en que la temperatura desciende rápidamente; los alimentos: cazabe, carnes cecinas, maíz, azúcar negro; la hamaca por único lecho. Hasta tuvo zozobras cierto día cuando dos indios armados con arcos y flechas, hubieron de seguirlo sin perderlo de vista.

Linneo, hombre piadoso, quien, cuando lo vio partir de Upsala, puso a su "querido huésped y discípulo en manos de aquel Señor cuyo poder se extiende a todo el mundo", cuando se refiere a su muerte prematura, dice: "Jamás la Botánica, ni el mundo literario, experimentaron mayor pérdida; y sin adulación puedo asegurar que ningún botánico salió a viajar a países extraños con más feliz disposición para observar y hacer descubrimientos, que mi amado Loeffling".

A tientas andaba en aquel tiempo la Geografía, y olvidadas ya están las escalas de los mapas, cuando Linneo soñaba en un viaje de su discípulo "subiendo por el río Negro y el Orinoco, pasando por los con-

finés del Brasil, hasta las lagunas cercanas al nacimiento del río de la Plata, atravesando el Paraguay y el Perú, donde hubiera tocado en Lima, luego en Buenos Aires y en otros parajes nunca vistos de extranjero alguno”.

Dicho está, con lo relatado, que Loeffling no pudo dar su obra a la imprenta. Los dibujos de Castel y de Carmona, según A. J. Cavanilles, se llevaron a España, donde se trató de reducirlos de tamaño sin perjudicar su verdad y hermosura. Este trabajo se confió a los mismos que lo habían ejecutado en América. Mas por espacio de diez y nueve años nada se logró “sin duda, dice, por las urgentes ocupaciones del profesor botánico que debía dirigir sus trabajos”. Así era España y así hubo quienes criticaron a Mutis porque, en aquel entonces, no quiso enviar a Madrid su Iconografía, para que la publicaran. O más bien para que la sepultaran, como sucedió más tarde cuando Enrile, cuñado del Virrey Ezpeleta, arrebató a Colombia ese tesoro.

Los manuscritos botánicos de Loeffling pasaron, por fortuna, de Madrid a manos de Linneo quien se apresuró a darles el acabado y a publicarlos en un volumen, dedicado en castellano, al - Serenísimo y potentísimo, - Príncipe y Señor - Don - Fernando VI - por la Gracia de Dios - Rey de España de las - Indias Orientales y Occidentales, etc., etc.

La portada de esta obra, es doble. Una en latín y sueco, en tipo redondo español, y otra en alemán con caracteres góticos. Traducida ésta al castellano, dice así:

Pedro Loeffling / Botánico de S. M. el Rey de España / Socio de la Real Sociedad Científica de Upsala, / Viajes / a las / Tierras Españolas / en / Europa y América / entre los años 1751 y 1756 / con / las observaciones y reconocimiento / sobre sus admirables plantas, / editado / por / el Señor Carlos de Linné / Protomédico de S. M. el Rey de Suecia, Caballero / de la Orden Real del Norte, etc. / traducido del sueco / por / el Señor Alejandro Bernardo Koelpin / adjunto de la Facultad de Medicina de / Greiswalde y Custos del Jardín Botánico / con grabados en cobre / Berlín y Stralfund / en Casa de Amadeo Augusto Lange, 1766.

La portada sueca y latina lleva la fecha 1758.

El erudito bibliógrafo y librero W. Yunk, de Berlín, quien en 1909 y 1916 publicó su **Bibliografía Botánica** integrándola con 30.286 fichas y especializado en bibliografía lineana, aduce del Viaje de Loeffling, sólo la edición de 1766. De ella hay un ejemplar en la Biblioteca del Jardín Botánico del Prado, Instituto Cavanilles, de Madrid, en 436 pp. con dos láminas y un mapa: 8vo.

Pensé, al leer ese ejemplar, que a los botánicos colombianos, interesaría poseer, al menos, la parte de ese libro correspondiente a las Plantas Americanas de Loeffling, cuya descripción corre desde la pág. 237 a la 364, y así ordené que el Señor A. Magallón, fotógrafo de la Biblioteca Nacional de Madrid, sacara para mí el correspondiente microfilm. El costo fue cubierto, generosamente, por el Instituto de Cultura Hispánica, así como la copia fotostática la debo al Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”. Las descripciones taxonómicas de Loeffling son indispensables para la crítica de las prioridades, en las cuales el

discípulo de Linneo antecede a muchos cuyos nombres no es necesario enumerar.

A las **Plantae Americanae de Loeffling**, añadió Linneo un Apéndice, —pp. 393 a 406—, que da por último y producido después de terminarse la obra.

La honestidad del gran sabio, su profunda afección a su discípulo, convertida en respeto por la muerte, le lleva a incluir en la obra cuantas noticias produjo su pluma, registradas en alemán, tal vez en las premuras del viaje, al margen de su carrera, y a intercalar, en su obra botánica, dos cartas del viajero, que llegaron a su poder, referentes a asuntos muy disímiles; la una al platino de América y otra sobre morera, cochinilla, fique, arado, azafrán; sobre cuanto hizo y vio en Madrid, inclusive una corrida de toros a que asistió el Rey, en una plaza cercana a la puerta de Alcalá.

Fernando VI, el engrandecido por el agradecimiento de Linneo y dedicatario del **Petri Loeffling Iter Hispanicum**, murió en Villaviciosa de Odon, lugar de la provincia de Madrid, el 10 de agosto de 1769, a consecuencia de la melancolía que le produjo la muerte de su esposa la Reina Doña Bárbara de Braganza.

En cambio, —contraste sugerente—, a Pedro Loeffling lo enterraron, según noticia de A. J. Cavanilles, junto a la iglesia que dominaba el majestuoso Caroní, “al pie de un naranjo, con sus propios vestidos en lugar de mortaja, sin olvidarse la peluca de que usaba en sus viajes”.

Y he aquí cómo termina Linneo:

“Mientras el tiempo, consumidor de todas las cosas, está dando fin con el cadáver de mi discípulo, he rescatado de su tumba estos monumentos de su gloria literaria, dignos de llevar esta inscripción: “Loeffling —se sacrificó a beneficio de la Flora— y sus amantes todos sienten su pérdida”.

EL DIARIO DE LA EXPEDICIÓN BOTÁNICA EN LA MESA DE JUAN DÍAZ

Era un hecho desconocido por los historiadores y biógrafos, que la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada había iniciado sus labores, antes que en Mariquita, en La Mesa de Juan Díaz, población del occidente cundinamarqués.

Tampoco se sabía, a punto fijo, cómo se había iniciado la noble empresa que bullía en la mente de Mutis, ni menos conocíamos el ritmo de su trabajo, ni hasta qué grado el sabio gaditano, a quien algunos pintaban como reservado, quizás egoísta, se vaciaba todo en el conocimiento y en el ánimo de sus discípulos.

Todos estos interrogantes aparecen ya, perfectamente resueltos, al emerger —continente de informaciones— del mar de los archivos, el Diario que de sus trabajos botánicos como Auxiliar Científico de la Expedición, llevaba Eloy Valenzuela, y que abarca, con varias lagunas, desde el 29 de abril de 1783, hasta el 8 de mayo de 1784.

Este precioso documento, aunque sin firma, no deja duda sobre su autor, por la caligrafía, por las referencias que hace al "Señor Don Josef" y al "Señor Don Celestino", por su conocimiento de la flora santandereana, por su elevación científica.

El manuscrito de Valenzuela ha sufrido no pocas vicisitudes y por eso nos llega mutilado y trastrocadas sus páginas. Al publicarlo hubiéramos podido hacerlo con sus abreviaturas y con sus errores de ortografía. Pero el mayor valor del Diario es el científico y para científicos. Por eso no dudamos en ajustar su ortografía a la actual y a lo correcto para no hacer escabrosa su lectura.

Ya está entregado a las prensas todo el manuscrito del Doctor Eloy, el cual será editado por la Academia de Historia del Departamento de Santander. Al publicarlo lo hemos acompañado de una introducción, de notas que son indispensables para su buena inteligencia y de un índice alfabético de materias. Así mismo le adjuntamos una historia del manuscrito debida a la pluma del insigne historiador Don Guillermo Hernández de Alba, a quien se debe la adquisición del documento por parte del Gobierno de Colombia.

Mutis era profesor del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y en sus aulas, también había recibido Valenzuela las lecciones de Ciencias Naturales del insigne médico gaditano. El Colegio tenía varias posesiones alrededor de La Mesa, y de esos vinculaciones provino el primer rumbo y la primera localidad en que trabajó la Expedición. Por otra parte, La Mesa había sido ya trajinada por Mutis en viajes anteriores pues por ahí pasaba el camino que desde Santafé llevaba a Guataquí, sobre el río Magdalena, de ahí a Ibagué y luego a Cartago en el Valle del Cauca.

La Mesa se llama de Juan Díaz, por un notable encomendero dueño de extensas tierras y patrón de numerosos indios en épocas más cercanas a la conquista.

Don Juan Eloy Valenzuela y Montolla, auctor del Diario, es una de las figuras más sugestivas del grupo que formó Mutis para la Botánica y para la patria. Nacido en Girón, en el departamento colombiano de Santander, el día 25 de junio de 1756, se relacionó con Mutis cuando éste trabajaba unas minas de plata en esas regiones al norte del Nuevo Reino y Valenzuela sólo tenía 13 años de edad. Mutis hizo que Eloy ingresara al Mayor del Rosario en 1770. Al terminar sus estudios, Valenzuela se ordenó de sacerdote, como ya lo había hecho antes su gran maestro Mutis, de manos del Arzobispo Virrey Don Antonio Caballero y Góngora.

Desde 1763, Mutis, que había llegado a Santa Fe en 1761, como médico del virrey Messía de la Cerda, había dirigido al rey Carlos III una solicitud pidiendo se le concedieran los medios para escribir la historia natural de América. Tan excelsos planes no fueron atendidos sino cuando el Arzobispo Virrey los acompañó de sus recomendaciones.

No se había recibido aún la respuesta de la Corte en 1782, cuando Caballero y Góngora nombró el personal de la Expedición Botánica, le asignó fondos y dispuso que incoara sus labores.

Los iniciadores eran Mutis, quien a la sazón contaba 51 años de edad, Valenzuela quien había llegado a los 27, el dibujante Antonio

García, neogranadino, talvez José Antonio Candamo quien de cierto aparece meses después como encargado de los herbarios, y varios herbolarios, ayudantes en las recolecciones, entre los cuales siempre sobresalieron el indio Luis Estevan, y el caporal Roque García quien cuidaba de las cabalgaduras y las cargas según pedían los difíciles caminos coloniales.

La expedición viajó a La Mesa, saliendo de Santafé por la puerta de Aranda que aun se conserva, cruzando la sabana y la hacienda de Novillero, pasando el río Bogotá, en Puente Grande, ascendiendo la cordillera por la Boca Monte a 1.640 mt. s. e. m. según Vergara y Velasco, por la hacienda de Fute, cuya cerca grande de piedra aun subsiste, bajando a Tena y a La Mesa de Juan Díaz, que está a 1.320 metros sobre el mar y tiene una temperatura de 21° C.

Este viaje se hizo en dos días durmiendo una noche en la Boca de Monte, al abrigo de toldas.

La localidad de La Mesa es de lo más interesante. Sobre el flanco occidental de la cordillera que desciende hacia el río Magdalena, se presenta un plano inclinado rodeado de rápidos descensos que justifican el nombre.

La toponimia de los lugares que figuran en los diarios se ha conservado. También, aquí y allá, quedan abandonados por la nueva carretera, fragmentos de los antiguos caminos de herradura empedrados; los cultivos son los mismos, muy parecida la vegetación, sobre todo en lo que respecta a las especies no arbóreas.

En posesión del Diario de Valenzuela, y con la esperanza de entrar en una luminosa colaboración con el Jardín Botánico de Madrid para preparar el texto de las láminas de la Expedición, conservadas cuidadosamente por España, el Herbario Nacional Colombiana ha emprendido una recolección exhaustiva de las especies de La Mesa y de Mariquita que permitirá la identificación de las plantas descritas y dibujadas por la Expedición.

La estancia en La Mesa no duró sino dos meses, pues el Arzobispo Virrey quiso que Mutis vigilara ciertas minas de plata pertenecientes a la Corona Real, que se beneficiaban en Mariquita. La decisión del viaje al Tolima, a la otra banda del Magdalena, debió ser subitánea y así el Diario de La Mesa se interrumpe sin explicaciones. Se pierden algunas hojas del original y salvo dos hojas que parecen referirse al viaje La Mesa-Mariquita, por Agualarga (hoy Albán), por Guaduas y Honda, no tenemos detalles de ese traslado.

Pero el hecho, nuevo para la historia, de la iniciación de la Expedición a La Mesa de Juan Díaz, quedó perfectamente establecido.

La casa que en La Mesa ocupó la Expedición "junto a los cimientos de la Nueva Iglesia" la cual es hoy la iglesia vieja, ha sido sustituida por otras. Sólo parece de la época de Mutis la puerta de campo y el embaldosado por donde entraban las cabalgaduras.

Lo demás se lo llevó el comején y el olvido de los sucesos históricos.